

# Presidir la comunidad

*Renato Corti*

**E**N esta meditación voy a reflexionar sobre la espiritualidad del sacerdote como "presidente". Pero no pretendo desarrollar esta pista en relación con la eucaristía, que es el vértice de todo el ministerio presbiteral; quisiera más bien detenerme en dar algunas pistas de reflexión sobre nuestra responsabilidad de presidencia, en cuanto ésta se extiende desde la celebración eucarística hasta la conducción de toda la comunidad cristiana.

Nos guiará en esta meditación principalmente San Pablo, el cual vivió una experiencia extraordinaria con las comunidades fundadas por él mismo. De modo especial quisiera tener presente cuanto se deduce de sus mismas palabras a propósito de la relación con una de sus comunidades, la cual podría en cierto modo ser emblemática para todos nosotros. Quiero referirme a la experiencia de Pablo en relación con la comunidad de Corinto, así como él mismo nos la describe en la primera y en la segunda carta a los Corintios.

Nos guiará también Juan Pablo II, quien, como sucesor de Pedro, preside la Iglesia Universal. El ha dicho, en varias ocasiones, palabras iluminantes a este respecto. Nos referiremos a lo que dijo a los obispos lombardos en la *visita ad limina* de 1982.

---

<sup>1</sup> Conferencia de Renato Corti, obispo auxiliar de Milán, a los sacerdotes de la diócesis de Verona.

## El estilo de Pablo

Es fácil notar que Pablo ha ejercido el ministerio, respecto a las comunidades, interviniendo explícitamente en las vicisitudes y en los problemas concretos del camino de la comunidad. Hay que decir incluso que intervino muy realísticamente. Toda la primera carta a los Corintios consiste, por parte de Pablo, en tomar en la mano, uno a uno, los problemas que se presentaban en la comunidad y que seguramente le habían propuesto, quizás incluso con un poco de dramatismo, para que los leyese con profundidad.

Podríamos recordar algunos problemas concretos. La brillante elocuencia de Apolo levanta el entusiasmo; algunos se refieren a Pedro, quien quizás había pasado por la ciudad (1 Cor 1,10ss); las costumbres no son perfectas; se trata de incestos, de fornicaciones, de procesos (1 Cor 5-6); la asamblea litúrgica se ve turbada a causa de diferencias escandalosas entre ricos y pobres, a causa de las infatuaciones por hablar lenguas (1 Cor 11,1ss; 14); bajo el pretexto de ciencia y libertad estos neófitos se complacen en las ideas más disparatadas (Cfr. 1 Cor 7, sobre la virginidad; y 1 Cor 15, sobre la resurrección).

También la segunda carta a los corintios nos muestra a Pablo como apóstol que considera un deber pronunciarse, no callar. No pretende autodefenderse, sino edificar la Iglesia. La segunda carta nos permite incluso notar que la relación de Pablo con la comunidad es bastante difícil: se le acusa de ambigüedad en el hablar y en el escribir (2 Cor 1,13); se le acusa de hacer proyectos y no llevarlos a cabo (2 Cor 1,17); se le acusa incluso de comportarse como padrón de la fe de los corintios (2 Cor 1,24); se le acusa de debilidad cuando se encuentra en Corinto y de osadía cuando está lejos (2 Cor 10,1); se le acusa de ambición personal (2 Cor 10,12-18). Y, una vez más, Pablo toma posición, se preocupa, se defiende de las acusaciones, y no para hacer su propia apología, sino para edificación de la comunidad (2 Cor 12,19). No puede menos que escribir una carta entre lágrimas; y no para entristecer a los corintios, sino más bien para darles a conocer el gran amor que les tiene (2 Cor 2,4). Antes bien, encontrándose en Tróade y estando sin noticias de la comunidad de Corinto, se dirige hacia Macedonia, donde encontrará a Tito, que regresa de Corinto (2 Cor 2,12s).

Un primer elemento de meditación que nos ofrece Pablo es, por tanto, éste: concebir la responsabilidad en relación con la comunidad como responsabilidad de examinar las cuestiones que

conmueven a la comunidad, hasta tocar en vivo lo que constituye el camino de la gente, y ayudar verdaderamente a las personas a iluminar los propios pasos, y si la experiencia de Pablo nos lo muestra manejando dificultades complejas, podemos deducir de esto que no nos debería sorprender si al afrontar los problemas que hoy se nos presentan en nuestras comunidades, también nosotros nos veremos obligados a deshacer ciertos nudos nada fáciles.

## **Ser autoridad**

De la actitud de Pablo surge una segunda característica: él tiene conciencia de ser autoridad en relación con la comunidad. Escribe y habla con la conciencia de quien debe vivir el papel de pastor, de guía, de jefe, de instrumento de la unidad. Ni siquiera teme usar palabras severas, que juzga necesarias para el bien de los corintios: "Repito a los que han pecado y a todos los demás que, cuando otra vez vuelva, no perdonaré; puesto que buscan experimentar que en mí habla Cristo, que no es débil para con ustedes, sino fuerte en ustedes ...también nosotros vivimos con El por el poder de Dios, para actuar en medio de ustedes" (2 Cor 13,1-4). Estas palabras nos parecen excesivas o inspiradas por la soberbia o el placer de tener el juego ganado. Pero no es así, pues añade: "Rogamos a Dios que no hagan ningún mal... Lo que pedimos es su perfección. Por eso les escribo esto ausente, para que, presente, no necesite usar de la severidad según la autoridad que el Señor me confirió para edificar, no para destruir". (2 Cor 13,7-10).

El servicio que Pablo realizaba pasaba a través del ejercicio de la autoridad, no de otra forma o prescindiendo de él. Nosotros sacerdotes provenimos de un período de historia reciente de la vida de la Iglesia en el cual se ha discutido muy fuertemente sobre este punto y se ha sostenido que unas relaciones verdaderas con la comunidad deberían atenuar, si es que no cancelar perfectamente el hecho de ser autoridad. En estos últimos tiempos quizá estamos volviendo a encontrar un equilibrio que permite superar ciertas exasperaciones emparentadas con el populismo o el autoritarismo. Así podemos aceptar nuestra tarea más constructivamente y vivirla como autoridad que el Señor nos llama a poner en acto al servicio de la comunidad.

Para comprender mejor el ánimo con que Pablo vive la experiencia de autoridad podemos volver a los textos que nos muestran a Pablo lleno de afecto hacia los corintios: "les abrimos, oh corintios, nuestra boca, ensanchamos nuestro corazón... para

corresponder de igual modo, como a hijos les hablo, ensanchen también ustedes su corazón" (2 Cor 6,11-12); "Ustedes están dentro de nuestro corazón, para vida y para muerte" (2 Cor 7,2-4); "les celo con celo de Dios, pues les he desposado a un solo marido para presentarles a Cristo como casta virgen" (2 Cor 11,2); "Yo de muy buena gana me gastaré y desgastaré por sus almas" (2 Cor 12,14-15).

Se trata de un amor profundo, genuino y fuerte hacia la comunidad.

## **Favorecer la unidad**

A estos aspectos quisiera añadir otro. Para Pablo el hecho de vivir y llevar el peso de la responsabilidad de la conducción de la comunidad se convierte en atención y empeño por favorecer la unidad en la comunidad, la unidad de la Iglesia.

Al leer la primera carta a los corintios nos parece notar que son dos las formas fundamentales de actuación de este servicio en favor de la unidad de la Iglesia.

Hay una modalidad transversal. "Les ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que todos hablen igualmente y no haya entre ustedes cisma, antes sean concordes en el mismo pensar y en el mismo sentir. Esto, hermanos, lo digo porque he sabido por los de Cloe que hay entre ustedes discordias, y cada uno dice: Yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Cefas, yo de Cristo. ¿Está dividido Cristo? ¿O ha sido Pablo crucificado por vosotros o han sido bautizados en su nombre?" (1 Cor 1,10-13). "Cuando uno dice: Yo soy de Pablo, y otro: Yo de Apolo, ¿no proceden de forma humana? Pues ¿qué es Apolo y qué es Pablo? Ministros según lo que a cada uno ha dado el Señor, por cuyo ministerio han creído. Yo planté, Apolo regó; pero quien dio el incremento fue Dios. Ni el que planta es algo ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento. El que planta y el que riega son iguales; cada uno recibirá su recompensa conforme a su trabajo. Porque nosotros sólo somos cooperadores de Dios y ustedes son arada de Dios, edificación de Dios" (1 Cor 3,4-9).

Hacia el final de la primera carta Pablo vuelve a tomar este tema con términos positivos, relevando las nuevas posibilidades que Dios esconde en la comunidad cristiana: "Hay diversidad

de dones, pero uno mismo es el Espíritu. Hay diversidad de operaciones, pero uno mismo es Dios, que obra todas las cosas en todos. Y a cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad" (1 Cor 12,4-7; cfr. cap. 13).

La acción del responsable de la comunidad cristiana está orientada a realizar esta unidad que atraviesa la Iglesia y tiende a hacerla una, con la gracia y la fuerza del Espíritu.

Quizá es justo decir que hoy los sacerdotes deben madurar un modo de presencia en la comunidad que resulte decididamente favorable a la unidad entre todas las componentes de la comunidad misma. Deben ser instrumentos de Dios quienes, día tras día, reconstruyen esta unidad. Y deben ser hombres que no se escandalizan demasiado si encuentran la situación de Corinto en sus comunidades y que, por el contrario, se dedican decididamente a conducir a la comunidad a la superación de lo que Pablo reprueba en los capítulos 1-3, y a alcanzar cuanto propone en los capítulos 12-13. Quizás se puede añadir algo, lo cual se juzga sustancialmente equivocado y no sólo desviado superficialmente: el hecho de que los sacerdotes ejerzan el ministerio y dirijan a la comunidad descuidando este aspecto o convirtiéndose precisamente en motivo de lucha o de discordia. En tal caso ya no son instrumentos de unidad, mientras el presidir les exigiría convertirse precisamente en humildes instrumentos para la edificación de la unidad.

Hay además otra modalidad de vivir el ministerio en favor de la unidad: la "longitudinal" y, por tanto, extendida en el tiempo. Encontramos en la primera carta a los corintios páginas interesantes a este propósito, sobre todo en el cap. 11 y en el cap. 15, cuando se habla de dos temas completamente centrales para nosotros, como cristianos: la eucaristía y la resurrección de Cristo.

"Yo he recibido del Señor aquello que a mi vez les he transmitido: el Señor Jesús, en la noche en que fue entregado, tomó el pan..." (1 Cor 11,23). Señalemos este versículo que puede parecer de pura pasada o de enlace y que, por el contrario, expresa una verdad importante para nosotros como pastores: "He recibido del Señor ... y a mi vez les he transmitido".

Y en el capítulo 15, a propósito de la resurrección: "les doy a conocer, hermanos, el Evangelio que les he predicado, que han recibido, en el que se mantienen firmes, y por el cual se salvan si lo retienen tal como yo se lo anuncié, a no ser que hayan creído

en vano. Pues les he transmitido, en primer lugar, lo que yo mismo he recibido, que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras" (1 Cor 15,1-4).

El estilo de Pablo nos exige ser responsables de cara a la comunidad respecto a la relación –cierta, explícita, reiterada y cultivada con todos los modos– con lo que constituye la “tradición cristiana”. Estamos llamados, por el ministerio de la presidencia, a garantizar a las comunidades actuales el don de la “apostolicidad”, a ser garantía del vínculo con la primera tradición y con el primer anuncio del depósito de la fe: el anuncio de la salvación, del misterio del Cristo salvador, muerto y resucitado. Desde esta perspectiva nosotros valemos como pastores no tanto por el hecho de tener una ferviente imaginación pastoral, sino sobre todo por el hecho de tener la preocupación de mantener muy vivo el vínculo con aquello que nosotros no hemos inventado sino recibido: la eucaristía, la resurrección del Señor y todo aquello que nosotros llamamos el “misterio cristiano”.

## **Acompañar a las personas y a la comunidad**

El 15 de enero de 1982 el Papa Juan Pablo II, al recibir a los obispos de Lombardía, dijo: “Ustedes sono obispos en una región italiana en la que el anuncio del Evangelio y la edificación de la Iglesia se remontan a los primeros siglos cristianos. Son, pues, herederos y custodios de una tradición religiosa de valor inestimable. A esta tradición es obligado acudir constantemente, porque ella, lejos de ser un freno, es como una fuerza que empuja hacia adelante. Baste citar el nombre de San Ambrosio y de San Carlos para evocar un patrimonio de doctrina y de experiencia pastoral capaz incluso hoy, aun siendo un tiempo tan diverso, de iluminar las mentes y de sostener las voluntades de aquellos que deben continuar su misión”. Estas palabras nos sugieren desarrollar la reflexión apuntada anteriormente e ilustrar nuestra tarea de presidentes de la comunidad cristiana sobre todo en lo referente a “acompañar a las personas y a la comunidad en el tiempo”. Esta característica de nuestro trabajo merecería constante atención porque el trabajo pastoral no es tanto o sobre todo un hacer cosas, cuanto un acompañar precisamente a las personas y a la comunidad. En otras palabras, nuestra responsabilidad no nos exige llenar simplemente un determinado casillero o calendario, y creer que una vez que todo está arreglado se puede estar tranquilo y satisfecho: nos exige más bien mirar intensamente la meta a donde llevar a las personas a las que se proponen las diversas iniciativas,

y ver el itinerario que se quiere que ellas recorran. No es difícil convencerse de que esta observación toca un punto decisivo de nuestra vida pastoral y podría inducirnos a dar un salto cualitativo: es decir, a apropiarnos esa tensión que da a las parroquias y a todos los demás ámbitos de la acción pastoral las características más apropiadas para sostener a las personas, ayudarles, indicarles los pasos que hay que dar, a jamás abandonarlas y a acompañarlas siempre.

## **Crear una tradición**

Se trata, pues, de considerar que ejercemos correcta y fructuosamente nuestro ministerio de pastores en la medida en que buscamos comprender lo que quiere decir acoger una tradición y crear una tradición, abrir un surco que se entrega al futuro y que viene a ser el porvenir de las personas. Surge la pregunta: ¿cómo ser pastores que no se contentan con lo efímero, sino que buscan llevar una línea de acción que deja huella? ¿Cómo podemos ser instrumentos humildes para crear una tradición?

Si queremos crear una tradición, conviene, ante todo, que nosotros seamos los primeros en sumergirnos en el gran océano de la historia, convirtiéndonos en sacerdotes que tratan de conocer el pasado que tienen a las espaldas y se valen de la energía inextinguible de todos aquellos que nos han precedido ejemplarmente en el camino de la fe. Sumergirse en la historia quiere decir estudiarla y adueñarse, poco a poco, de las intuiciones y decisiones tomadas por los grandes cristianos en los decenios o en los siglos pasados y que todavía se encuentran vivas y palpables en la vida de la Iglesia por los frutos extraordinarios que han dejado. Se trata de ser sacerdotes que tienen una memoria, que no comienzan a trabajar hoy como si partiesen de cero, sino que saben tener en cuenta, con respeto y reconocimiento, todo aquello que los demás ya han vivido, experimentado y propuesto.

Quizá uno de los errores que ha caracterizado, más o menos ampliamente, este último período de la vida de la Iglesia ha sido precisamente el haber desestimado –si es que no ignorado o despreciado– la tradición, la historia de los santos, de los pastores, de los educadores, de los mártires, de todos aquellos que han cooperado en la construcción de una Iglesia viva. Ha sido ciertamente un error no dar más cabida a estos grandes modelos en la educación de los adolescentes y jóvenes, porque nos ha faltado así la concreción y el arrastre que llevan consigo las personas y la his-

toria. Probablemente con este olvido nos hemos empobrecido nosotros mismos como pastores, porque no hemos tenido delante de los ojos, en una forma suficiente, unos puntos de referencia verdaderamente significativos, capaces de hacernos comprender lo que es vano o superficial y lo que es verdaderamente grande, hermoso y válido. Si es verdad que solamente el contacto con la grande música educa el gusto musical, análogamente sólo el contacto con los grandes de la vida cristiana nos proporciona una capacidad de intuición y de perspectiva evangélica.

### **Las propuestas esenciales**

En segundo lugar, si queremos crear una tradición y acompañar a las personas y a la comunidad, debemos poner la máxima atención en el núcleo de aquellos valores decisivos que pensamos deben infundirse en el corazón de las conciencias de aquellos a quienes nos dirigimos. Esto requiere que hagamos opciones muy sencillas, pero esenciales, y que nos dispongamos a dedicar incansablemente todas nuestras energías, y durante un largo tiempo, a la lenta germinación y maduración de estas opciones.

Para esto es necesario que el sacerdote se diga a sí mismo cuáles son las propuestas esenciales y cuáles son los compromisos que deben tener la precedencia en su vida y en su actividad cotidiana. Los sacerdotes jóvenes tienen una necesidad particular de afrontar este problema. Cuando comienzan el ministerio pueden caer en la tentación de querer hacerlo todo y rápidamente: sin embargo, es importante que sepan encender una hoguera que dé calor por mucho tiempo. También para todos aquellos que viven el momento de transición de una experiencia a otra, como puede ser el momento en que se les hace párrocos, deben también buscar una luz dentro de sí mismos para saber cuáles son los capítulos más esenciales de su ministerio. Y es posible que algunos momentos de desánimo y desilusión estén vinculados al hecho de que no se ha sabido enfocar la propia vida pastoral con esta humildad y "esencialidad".

### **Las condiciones concretas**

En tercer lugar, construir una tradición implica tener en cuenta las condiciones concretas en las que actualmente nos en-

contramos, para tratar de tener en cuenta las inquietudes del presente y los signos positivos o negativos de nuestra época. Decía el Papa en la ocasión antes mencionada: "Cristo les ha escogido y les ha enviado a anunciar las maravillas de su amor entre los hombres y las mujeres que viven las contradicciones de nuestro tiempo, con las posibilidades de bien que en él han crecido, pero también con las formas antiguas y nuevas del mal que lo acompañan. La soledad, que roe el corazón del hombre y a menudo lo arrastra a la desesperación, se experimenta de modo especial precisamente en medio de las sociedades ricas, animadas y casi trastornadas por los ruidos y por las luces. Hay quien intenta superar la soledad con la droga, el erotismo, el materialismo práctico o la misma violencia; pero el mal no se vence nunca con otro mal. Nosotros sabemos que sólo Cristo conoce el corazón del hombre y que sólo de su Palabra brota el agua viva capaz de saciar la sed del hombre. Y es a Cristo, y sólo a Cristo, a quien tenemos la misión de anunciar y de testimoniar con nuestra vida. Ser pastores de almas significa hoy como nunca saber comprender la fascinante y tremenda realidad del hombre; captar la necesidad profunda de amar y de ser amado, que él encierra en sí mismo; valorar sus aspiraciones a la justicia y a la paz".

Desde este punto de vista el crear una tradición es un compromiso que nos lleva a un trabajo que no tiene nada de mecánico o repetitivo. Aunque se emplee una palabra aparentemente anticuada como "tradición", nos referimos a un fenómeno extremadamente dinámico porque se trata de hacer crecer y consolidar la vida de las personas, venciendo infinitas dificultades. El pastor que quiere verdaderamente asumir la responsabilidad de la comunidad debe constantemente preguntarse hacia dónde conduce a la comunidad, sobre los problemas que atraviesa, sobre las dificultades que encuentra, sobre las expectativas de los corazones. Como ya se insinuaba con la referencia a la experiencia de Pablo, el pastor es un hombre habituado a leer en lo cotidiano, a recoger los fenómenos que afectan la vida personal, familiar y social, porque todo anuncio cristiano deberá atravesar esta realidad para tejer una nueva y robusta trama.

De esto se deduce que el pastor es ciertamente un hombre llamado a comunicar un mensaje que no depende de él, pero es ciertamente un hombre llamado a vivir fielmente la palabra del Señor, realizando el esfuerzo de leer esa palabra en el hoy concreto, para la gente de hoy, para que encuentre eco en los que viven en el presente, evitando así respuestas abstractas y anacrónicas.

## Equilibrio difícil

Evidentemente todo esto exige del pastor la búsqueda de un equilibrio no fácil de alcanzar y conservar. De hecho es más fácil hacer una opción, más bien simplista, que haría de nosotros unos hombres tradicionales en el sentido negativo de la palabra, es decir, hombres que tienen ya a punto todas las respuestas y dan a la gente la sensación de que no reflexionan sobre la situación concreta; o una opción que nos lleva al extremo opuesto, de tal modo que una atención, aunque muy sincera, al presente, nos hace olvidadizos de la fuerza de la palabra reveladora de Dios para el hombre de hoy. Estamos llamados a tener la actitud precisa de quien se acoge a la luz de la Palabra y de la revelación, pero al mismo tiempo se inclina con inteligencia y con amor sobre las condiciones del hombre.

Si queremos crear una tradición, debemos, finalmente, atender particularmente a los problemas del lenguaje y debemos tener en cuenta que nos encontramos en una sociedad en la cual los medios de comunicación desempeñan un papel muy importante en el camino y en las opciones de las personas, así como en la formación de una mentalidad.

Si echamos una ojeada, un siglo atrás, a la historia de nuestras diócesis, constatamos que hasta hace algunos decenios la Iglesia tenía posibilidades no pequeñas de formar la mentalidad del "pueblo". Existían élites culturales, pero eran precisamente élites. El pueblo tenía, normalmente, al menos en nuestra región, como maestro a la Iglesia. Hoy nos encontramos en una situación sociológicamente diversa y esta diversidad no debe pasarse por alto.

¿Qué quiere decir por parte del pastor tener en cuenta todo esto? Entre las respuestas que se pueden dar, y teniendo en cuenta que el problema debe tratarse conjuntamente con otras iniciativas, me limito a indicar una. Hoy más que nunca es necesario educar a nuestras comunidades para que sepan cribar con espíritu crítico las mil propuestas que, día tras día, nos presenta la sociedad; hay que defender la libertad de las personas de cualquier manipulación; es necesario ofrecer a las personas amplias posibilidades de caminar hacia la verdad, de distinguir la verdad de los *slogans* o de las medias verdades o, sin rodeos, de las mentiras. Un compromiso así puede y deberá actuarse de muchas maneras; pero, reducido a términos esenciales, consiste en ayudar a las per-

sonas a pensar bien, a razonar correctamente, a valorar objetivamente y a hacer opciones maduras.

### **RENATO CORTI**

Nació en 1936, es asiduo colaborador de la "Rivista del Clero Italiano". Actualmente ayuda como obispo auxiliar al Cardenal Martini en la diócesis de Milán.